

T H E S A V R V S

BOLETÍN

DEL INSTITUTO CARO Y CUERVO

TOMO XLIII

Enero-Abril de 1988

NÚMERO 1

EL PRIMER BIÓGRAFO DE ALBERDI (JOSÉ MARÍA TORRES CAICEDO)

I

Aunque no corresponda a un estudio de grandes dimensiones, ni tenga la obra a que me refiero formato de libro, es indudable que Alberdi se sintió complacido por la semblanza que le dedicó en París el colombiano José María Torres Caicedo. Publicada primero como artículo en *El Correo de Ultramar*, y recogida posteriormente como uno de los *Ensayos biográficos y de crítica literaria* . . ., que —bien sabemos— constituye la obra más difundida de su autor. Ese ensayo es asimismo el punto de partida en la amistad que ligó a los dos hombres.

Como digo, era una primera semblanza, que mostraba abundancia de datos y un carácter positivo notorio. Escrita en París hacia 1860 por un hombre que, como Torres Caicedo, gozaba de singular prestigio en la colonia, nutrida, de diplomáticos y literatos hispanoamericanos que vivían en la capital europea. De paso, es justo agregar que Torres Caicedo fue estimado por algunos importantes autores franceses de aquellos años.

Creo conocer de manera detallada la vida y la obra del colombiano José María Torres Caicedo (1830-1889), y espero dar nuevos datos sobre éste en un trabajo futuro. Aquí sólo

cabe mencionar su actividad desarrollada en el Viejo Continente, en defensa de los intereses americanos. Particularmente, en relación con los países hispanoamericanos. Sirvió a varios de ellos (Colombia, Venezuela, El Salvador) en misiones diplomáticas, y a todos, en general, dentro de su prédica escrita, labor repartida entre la publicación periodística y el libro. El tema por excelencia de su obra lo constituye precisamente "Nuestra América". O, para utilizar la denominación que identificamos con Torres Caicedo, la "América Latina", nombre convertido por él en una especie de bandera. Como culminación no sería inexacto decir que su tema por excelencia fue el de la unidad de "América Latina".

Es bueno agregar que no convirtió su prédica en una pasión ciega. Admitió defectos, pero, sobre todo, mostró su convicción en virtudes no siempre reconocidas desde Europa. Y, como era inevitable, se ocupó también de la obligada contraposición entre las "Dos Américas". Asimismo, mostró singular empeño en destacar la *existencia* de una literatura en lengua española, literatura creciente dentro de su modestia¹.

II

Hablé antes de la "amistad" entre Alberdi y Torres Caicedo. Creo, en efecto, que a partir de cierto momento se puede hablar de amistad entre los dos hombres, si bien puedo decir que en un principio y en relación con Alberdi los sentimientos no fueron tan cordiales. Para afirmar esto me apoyo sobre todo en diversos juicios de Alberdi sobre *El Correo de Ultramar* y Torres Caicedo (Y no hace falta aclarar que, a partir de cierto momento, el periódico corre por cuenta casi exclusiva del autor colombiano). Es evidente — y hay muchas pruebas

¹ Ver, sobre José María Torres Caicedo:

- PRADIER FODÈRE, *Portraits diplomatiques. Torres Caicedo* (París, 1872).
- GUSTAVO OTERO MUÑOZ, *Semblanzas colombianas*, II, Bogotá, 1939, págs. 288-297.
- ARTURO ARDAO, *Génesis de la idea y el nombre de América Latina* (Caracas, 1980).

al respecto — que Alberdi era muy susceptible con respecto a sus amigos y enemigos. Así, la poca simpatía inicial de Alberdi hacia Torres Caicedo tiene que ver con elogios del periódico hacia rivales de Alberdi, elogios que el argentino considera inmerecidos. Tal cosa vemos en los elogios a Mariano Balcarce y, en especial, cuando, en 1862, *El Correo de Ultramar* rinde tributo a Carlos Calvo.

Sin embargo, la situación cambia completamente en 1863, cuando el periódico publica la semblanza de Alberdi, altamente elogiosa. Por lo pronto, después del 15 de setiembre de 1863 no encontramos ningún otro juicio negativo de Alberdi vinculado a *El Correo de Ultramar* y Torres Caicedo. Sería mezquino pensar que todo el cambio se debió a esta semblanza. Más explicable resulta sospechar que hay una serie de factores que, en su conjunto, convencen a Alberdi de la buena voluntad y capacidad de Torres Caicedo. Hay también un mayor contacto personal, así como el reconocimiento de la labor americanista del colombiano, paralelo a su creciente prestigio europeo. En fin, el convencimiento alberdiano de que eran muchos los puntos de coincidencia que existían entre él y Torres Caicedo.

De este modo, no es casual ver el nombre de Alberdi en el Homenaje que políticos y diplomáticos hispanoamericanos (“latinoamericanos”) rindieron a Torres Caicedo en París, el 25 de junio de 1864. En la lista de los miembros que ofrecen el *Homenaje*, Alberdi figura como “Ministro Plenipotenciario de la República Argentina”. En honor a la verdad, ya no lo era entonces, salvo que, o bien se explique la anomalía por la tozudez del tucumano a pesar de su cesantía determinada por el Gobierno de Mitre, o bien se trate de la omisión de un “Ex-”. (Esto último, quizás, más difícil de creer).

III

El ensayo de Torres Caicedo sobre Alberdi tiene, como la mayor parte de los ensayos sobre autores hispanoamericanos que escribió, dimensiones limitadas. Y su más amplia difusión

la tuvo al reproducirse en los *Ensayos biográficos y de crítica literaria...* (Segunda serie, París, 1868), donde alcanza cerca de cuarenta páginas².

Señalados estos datos externos, importa hablar de su contenido. Comenzando con la división interna en dos partes que Torres Caicedo establece a través de la división en *Vida privada* y *Vida pública*, y que, sin constituir una partición excepcional, nos recuerda de inmediato la división establecida por el propio Alberdi en su trunca autobiografía. Eso sí, lo que ocurre es que la autobiografía alberdiana la conoceremos muchos años después, y después de su muerte, en sus *Escritos póstumos* (XV, Buenos Aires, 1900). Esto también nos permite sospechar que Torres Caicedo contó, al escribir la biografía de Alberdi, con diversos materiales facilitados por el biografiado. El procedimiento era entonces bastante común, y no podemos decir que hoy haya desaparecido. En fin, en el caso de otros autores argentinos — como Ascasubi y Vicente G. Quesada³ —, con quienes Torres Caicedo mantuvo también cierta amistad, no hay ninguna duda con respecto a materiales (manuscritos, libros, datos específicos transmitidos oralmente o por escrito) que fueron facilitados por los propios autores argentinos, y aprovechados por Torres Caicedo en los respectivos ensayos.

² El orden de publicación del ensayo sobre Alberdi es el siguiente:

- 1) *Juan Bautista Alberdi* (en el *Correo de Ultramar*, París, 15 de septiembre de 1863).
- 2) *Id.*, *Ensayos biográficos y de crítica literaria sobre los principales publicistas, historiadores, poetas y literatos de la América Latina* (Segunda serie, París, 1868, págs. 173-207).
- 3) Podemos agregar, ya fuera de las obras publicadas por Torres Caicedo, la reproducción del ensayo en los *Escritos póstumos* de Alberdi (XV, Buenos Aires, 1900, págs. 47-70). Esto indica que Alberdi había guardado entre sus papeles el texto del *Ensayo...* Sigo la versión publicada en los *Ensayos biográficos y de crítica literaria...*

³ También sabemos que, en la semblanza de Florencio Balcarce, Torres Caicedo contó con la colaboración de Mariano Balcarce, entonces con misión diplomática en Europa. (Ver *Estudios biográficos y de crítica literaria...* Primera serie, volumen I, París, 1863).

Es cierto que Torres Caicedo se equivoca en el año del nacimiento de Alberdi (lo ubica "hacia 1814"). Pero esto bien puede ser una errata, por 1810. En cambio, impresiona el artículo por el exacto conocimiento que Torres Caicedo tiene de la bibliografía de Alberdi hasta el año 1863.

Dentro de la *Vida pública* dispone los grupos, flexibles, del *jurisconsulto*, del *publicista* (con un análisis detallado de las *Bases*) y del *literato*. En este último, llama la atención el recuento bastante preciso de los "artículos" de Figarillo, del *Informe* de 1841, de *El Edén*, de *Tobías o La cárcel a la vela*, de *Veinte días en Génova*, de la *Revolución de Mayo* y de *El gigante Amapolas*.

Hay también un aspecto que vale la pena subrayar y que tiene, a su vez, repercusión en la semblanza de Torres Caicedo. Me refiero a la relación entre el momento en que Torres Caicedo redacta su estudio y las tristes circunstancias que Alberdi está viviendo en Francia por aquellos años. Recordemos que Alberdi, en 1863, había cesado en sus cargos diplomáticos europeos, como enviado de la Confederación Argentina. A los problemas de la subsistencia en tierra extraña, debemos agregar los ataques de sus muchos compatriotas enemigos, que le llegan más allá de la distancia. Todo esto lo conoce de sobra Torres Caicedo, y de ahí sus palabras de adhesión, que son, al mismo tiempo, justificación enérgica de su semblanza:

Y en mala hora nos atacarán los enemigos del Sr. Alberdi, por tributar un homenaje de admiración a ese hermoso talento y a ese fecundo escritor ⁴.

IV

Torres Caicedo nota — y nota bien — que Alberdi no siempre fue fiel a los fundamentos básicos defendidos en sus libros y folletos. Eso — señala — ocurre cuando el argentino se refiere a episodios de las intervenciones extranjeras en la época de Rosas. O, más cercanamente, en los problemas políticos deter-

⁴ TORRES CAICEDO, *Ensayos biográficos y de crítica literaria...* Segunda serie, ed. citada, págs. 174-175.

minados por la lucha entre la Confederación y Buenos Aires, lucha en la que Alberdi se ve empujado por el espíritu de partido. Con todo, lo que realmente pretende Torres Caicedo es explicar y, en lo posible, justificar actitudes apoyándose en la sinceridad y nobleza de miras del autor de las *Bases*. Así, declara:

La idea capital de Alberdi es, ante todo, establecer la deseada alianza entre la autoridad y la libertad, entre el derecho y el deber; fundar una política que se aleje de los dos extremos: la demagogia, que todo lo desquicia, y la resistencia a todo progreso, que todo lo esteriliza ⁵.

El análisis más detallado es el que Torres Caicedo dedica a las *Bases*, lugar donde reproduce varios documentos del Ministro del Interior de la Confederación Argentina y donde pasa revista a los principios fundamentales de la obra. Con párrafos especiales sobre las relaciones internacionales, la tolerancia religiosa, el sistema económico y rentístico, el derecho al trabajo y el capital, la integridad nacional, etc. Fuera de las *Bases*, se detiene en las *Cartas sobre la prensa*, en la *Memoria sobre el Congreso Americano*... y, como apunté, merece destacarse la correcta ubicación de los escritos esencialmente "literarios".

Es evidente que había entre las ideas políticosociales de Torres Caicedo y Alberdi bastantes coincidencias. Comenzando por el sentido de "unidad continental" (o hispanoamericana, o de la América Latina), que conviene subrayar, y, en conexión con ella, la idea de "Congresos" americanos. También se aproximan en la visión del equilibrio entre el orden y la libertad, en la defensa del gobierno republicano con un Poder Ejecutivo fuerte, y en otros aspectos que sería largo enumerar.

Había igualmente entre ellos algunas diferencias. En particular cuando tocaban ideas raciales, trasuntadas en los problemas del indio y del negro. Pero — insisto — era mucho más lo que los aproximaba que lo que los separaba. Cosa que explica la especial estimación que Torres Caicedo demuestra ha-

⁵ *Id.*, pág. 180.

cia el exiliado argentino, y, a su vez, pasado un primer momento, las pruebas de adhesión de Alberdi hacia Torres Caicedo.

Naturalmente, el ensayo del colombiano no puede abarcar, por motivos obvios, la vida y obra total de Alberdi. Y, aunque no ignora la áspera oposición que éste tiene en su patria, alienta la esperanza de su retorno, así como una continuidad fecunda en su labor de jurisconsulto y publicista. Algo de esto se cumplió, pero no dentro de las dimensiones que Torres Caicedo esperaba. Entra aquí, por supuesto, el viaje posterior de Alberdi a la Argentina. Y, en fin, la vuelta a Francia, para morir... Con todo, el respaldo del colombiano es válido. Sobre todo, si admitimos — y justificativos no faltan — una flúida aceptación e influencia de Alberdi sobre Torres Caicedo, superpuesta a las coincidencias comunes a que me referí.

A propósito de lo dicho, poco significa que, a partir de cierto momento, Torres Caicedo haga del nombre "América Latina" una especial bandera políticosocial y artística, no sólo en relación con Europa sino, en particular, frente a los Estados Unidos y su actitud expansionista. (Alberdi, a su vez, aparece en esto menos definido, y, como era común entre nosotros, con un repertorio variado de nombres, sin inclinarse por la modalidad que procuró imponer Torres Caicedo)⁶.

V

Sin considerarla una muestra excepcional de crítica, creo que la semblanza de Alberdi elaborada por Torres Caicedo ocupa un lugar destacado entre la nutrida serie de estudios sobre escritores y publicistas latinoamericanos que alcanzó a publicar tanto en el *Correo de Ultramar* como en los *Ensayos biográficos y de crítica literaria...* (como sabemos, por lo común reiteración de los que aparecieron en el periódico).

⁶ Con respecto a Torres Caicedo, el tema ha sido muy bien estudiado por Arturo Ardao en su libro. Contando, como ya contamos, con la obra de Ardao sobre este atractivo tema, me parece que hace falta la obra detallada que estudie la historia de todas las denominaciones continentales, así como los fundamentos de todo tipo que respaldan a cada una de ellas.

La semblanza de Torres Caicedo contribuyó grandemente a difundir y prestigiar el nombre de Alberdi en el ámbito europeo, y, en el caso particular del biografiado, no hay ninguna duda de que el tucumano se sintió honrado, más allá de las dimensiones modestas del estudio, por el ensayo citado.

Si tenemos en cuenta los varios estudios biográficos y críticos que Alberdi mereció en vida, debemos aceptar que la semblanza que le dedicó Torres Caicedo ocupa un lugar destacado. Por lo pronto, ocupa el primer lugar cronológico, aunque sus méritos no se reducen a este único aspecto. En rigor, otros estudios de aquellos años tienen mayores dimensiones, y hasta formato de libros, pero, claro, no es cuestión de porfiar una vez más con valores como calidad y cantidad, ni con cotejos un tanto forzados⁷. Yo creo que en la estimación que Alberdi llegó a sentir por el ensayo de 1863 no sólo influyó el prestigio que ya Torres Caicedo había ganado en Europa y algunas regiones de América, y, en consecuencia, los elogios que le dirige, sino también el carácter de Juez "neutral" que

⁷ Una cronología de los primeros estudios dedicados, con algún carácter sistemático, a Alberdi, es la siguiente:

a) En vida de Alberdi:

- JOSÉ MARÍA TORRES CAICEDO (1863).
- EMILIO DE ALVEAR (1869).
- MARIANO A. PELLIZA (1874).
- IGNACIO LÓPEZ (1874).
- GONZALO BULNES (1875).

b) Después de la muerte de Alberdi, y hasta fines del siglo.

- MANUEL BILBAO y ARTURO REYNAL O'CONNOR (en el primer tomo de las *Obras completas* de ALBERDI, Buenos Aires, 1886).
- MANUEL GARCÍA MÉROU (1890).
- JOSÉ J. BIEDMA y JOSÉ A. PILLADO (1897).
- PAUL GROUSSAC (1897).

Agrego que el estudioso alberdiano JORGE M. MAYER cita también, como noticias biográficas de Alberdi publicadas en vida de éste, las que aparecieron en los periódicos *La República* (de Buenos Aires, 25 de noviembre de 1869) y *El Nacional* (de Buenos Aires, 12 de noviembre de 1874), así como una carta de Alberdi a Arturo Reynal O'Connor, de 1878. (Ver J. M. MAYER, *Alberdi y su tiempo*, Buenos Aires, 1963, pág. 821).

Conviene decir, finalmente, que una buena bibliografía sobre Alberdi es la elaborada por ALBERTO OCTAVIO CÓRDOBA, *Bibliografía de Juan Bautista Alberdi* (Buenos Aires, 1968).

el colombiano ostentaba, y que aparecía, en la intención de Alberdi, como una muy importante *respuesta* a los incesantes ataques que le dirigían desde el Río de la Plata. Una vez más, no podemos borrar la condición de exiliado de Alberdi, ni — repito — las amarguras que, aun a la distancia, debía soportar. Alberdi, quizás con más constancia que otros, creía en el poder de la letra impresa: la temía en una dirección, y la exaltaba en otra. Y no era cuestión de despreciar, más allá de la mayor o menor dimensión de un artículo, el poder que rendía tributo a su vida y a su obra: poder que Alberdi consideraba justo y compensador.

EMILIO CARILLA

San Miguel de Tucumán
Argentina.

APÉNDICE

ALBERDI Y SARMIENTO (NOTA BIBLIOGRÁFICA)

Echeverría reiteró en varias ocasiones un pensamiento acerca de las biografías, tema que, por lo visto, le preocupaba. Así, escribió:

En mi concepto no debe escribirse la biografía de los autores que no han concluído su carrera y están todavía en edad de producir algo⁸.

Hoy nos resulta muy difícil aceptar el párrafo de Echeverría. En todo caso, yo lo modificaría de la siguiente manera:

Sólo deben escribirse biografías de escritores si esas biografías iluminan aspectos de obras meritorias. Y esto es válido, tanto en vida del autor como después de su muerte, si bien lo último permite ver ya una labor clausurada.

En fin, lo concreto es que a lo largo del siglo XIX (algo menos en el XX), y no sólo como derivaciones de Sainte-Beuve,

⁸ Cf. ECHEVERRÍA, *Pensamientos* (en *Obras completas*, V, Buenos Aires, 1874, págs. 431-432) y carta a Félix Frías, de 1850 (*Id.*, pág. 450).

abundan extraordinariamente las biografías de escritores vivos y muertos.

De más está decir que el pensamiento de Echeverría no tuvo mayor aceptación. Y los casos concretos de biografías vinculadas a Alberdi y Echeverría, entre muchos otros, pueden servir como ejemplos no ratificadores del párrafo de Echeverría.

Aun sin conceder a la noticia un valor especial, diré que Alberdi mereció en vida detalladas biografías. Dejando de lado la semblanza de Torres Caicedo, hay que destacar, ya con formato de libro, la que le dedicó Mariano A. Pelliza, en 1874. Y, pocos años después de su muerte, otro entero libro, el de Manuel García Mérou, de 1890. En el caso de Sarmiento, aunque a menudo se los olvida, también se publicaron, antes de su muerte, diversos trabajos de muy desigual nivel, entre los cuales es justo mencionar el *Biographical Sketch of the Author*, de Mary Mann (en su traducción del *Facundo*, Nueva York, 1868), el *Cenni biografici di Domingo F. Sarmiento* (traducción del *Biographical Sketch*, por Eduardo Calvari, Génova, 1869), la *Reseña biográfica de Domingo F. Sarmiento*, por "A. Bel" (es decir, Augusto Belín Sarmiento, Buenos Aires, 1880): Y, como proyecto no completado, la anunciada biografía de Luis Montt, el editor de los primeros tomos de las *Obras sarmientinas*⁹.

Es necesario aclarar que el *Biographical Sketch* es ya una nutrida biografía parcial de Sarmiento, de ciento veinte páginas. Está incluida al final de su traducción (*Life in the Argentine Republic in the Days of the Tyrants or Civilization and Barbarism*, ed. citada). Sarmiento se mostró satisfecho con la semblanza que le dedicó la viuda de Horace Mann. ¡Y cómo no estarlo si la biografía está compuesta en gran parte con los materiales que le había facilitado Sarmiento! A ellos debemos agregar la sincera estimación que Mary Mann sintió por el autor del *Facundo*¹⁰.

Ahora bien, después de este rápido recuento cabe decir que únicamente después de trece años de su muerte apareció una

⁹ Ver *Advertencia* a Sarmiento, *Obras*, I, Santiago de Chile — ¿1888?, ¿1889? —.

¹⁰ Ver mi libro *El Embajador Sarmiento (Sarmiento y los Estados Unidos)*, Rosario, 1961, pág. 125.

primera y “sistemática” biografía total sobre Sarmiento. Fue la del chileno José Guillermo Guerra, de 1901 (si bien preparada unos años antes, con motivo de un concurso realizado en el vecino país). Se titulaba *Sarmiento, su vida y sus obras* (Santiago de Chile, 1901).

Por descontado, aparte de estos tributos que ostentan algún relieve, y sin desbordar las épocas de sus muertes (1884, Alberdi; 1888, Sarmiento), fueron numerosos los artículos y notas que los dos hombres merecieron. Y no importa aquí la diferente situación política en que los dos se encontraron, con la culminación presidencial de Sarmiento, por un lado, y, por otro, con el largo exilio europeo de Alberdi (momentáneamente cortado en 1879).

Repito que sin dar a estos datos más importancia que la que tienen, ofrecen algunos signos reveladores. En especial, si tenemos en cuenta la enemistad que durante más de treinta años los distanció, las polémicas sostenidas y, sobre todo, la atención que cada uno de ellos (en especial, Alberdi) solía prestar a los triunfos y fracasos del otro. Claro que lo más evidente es la contraposición que se establece entre los altos cargos que subrayan la vida política de Sarmiento en las últimas décadas de su existencia, y, paralelamente, el exilio alberdiano. También paralelamente, la convicción del tucumano de que la diferencia de cargos y honores poco o nada tenía que ver con las capacidades individuales respectivas, y sí con los vaivenes de la política argentina, sin contar las cuestiones de carácter personal que igualmente los diferenciaba desde hacía años.

Alberdi tuvo, sin embargo, cierta compensación. No espectacular, pero compensación al fin, dentro de los juicios comparativos que el autor de las *Bases* gustaba establecer. Como hemos visto a través de los datos bibliográficos mencionados, hay fundamentos para sospechar que la satisfacción de Alberdi, modesta si se quiere, estuvo en el hecho de haber logrado, ya en vida y antes que Sarmiento, el reconocimiento, más sistemático, de estudios y semblanzas. Y, bien lo sabemos, esto significaba para Alberdi — exiliado, perseguido, denostado en su patria — algo así como el sabor de un desquite...